

Sujeto femenino en contextos de modernidad tardía

Cuando en 1997 se publica Amor, curiosidad, prozac y dudas, primera novela de Lucía Etxebarría, puede decirse que España ya ha entrado de lleno en lo que Anthony Giddens llama modernidad tardía (Modernity and Self-Identity, 1991). Para muchos españoles, 1992 marcaba simbólicamente la culminación de un proceso de renovación, dada la convergencia en tal año de una serie de acontecimientos de diversos grados de relevancia a nivel internacional: las celebraciones del quinto centenario, Madrid como capitalidad europea de la cultura y Barcelona y Sevilla como sedes de los Juegos Olímpicos y de la Exposición Mundial, respectivamente. Tales acontecimientos ayudan a lograr el reconocimiento de esta España moderna fuera de nuestras fronteras y este reconocimiento refuerza, a su vez, la propia identificación con los procesos de la modernidad a nivel local. Las nuevas estructuras políticas, el desarrollo de la economía y los contactos cada vez más intensos con el exterior impulsan la aceleración de transformaciones socioculturales, iniciadas en los últimos años del Franquismo, que desembocan en un nuevo orden de cosas; un orden postradicional, que supone nuevos desafíos para la formación y el autoentendimiento del sujeto (femenino).

Tal orden postradicional, característico de la modernidad, rebasa todo tipo de fronteras nacionales y se desarrolla, según la teoría de Giddens, a partir de la interacción de influencias globales en contextos locales específicos. Globalización y modernidad son, de acuerdo con sus postulados, dos fenómenos inseparables en el sentido de que es casi imposible concebir uno fuera del contexto creado por el otro. Por una parte, escribe

Giddens, “globalisation means that... no one can ‘opt out’ of the transformations brought about by modernity”; por ejemplo, riesgos de guerra nuclear o de desastre ecológico (22). Por otra parte, la modernidad tiende por sí misma a la globalización, dadas tres dinámicas específicas características de nuestro presente histórico: 1) reorganización de las coordenadas de tiempo y espacio, 2) mecanismos de desarraigo y 3) reflexividad institucional que se extiende al sujeto. Según Giddens, nuestra concepción actual del tiempo y el espacio, influida por el desarrollo tecnológico, nos permite articular relaciones sociales impensables en el pasado, entre ellas sistemas globales. Los mecanismos de desarraigo favorecen, además, nuestra disociación de particularidades locales y nuestra identificación con sistemas abstractos (desde el dinero a campos de conocimiento cuya autoridad deriva de los expertos que los integran) que operan a nivel global. Y, finalmente, la reflexividad sería consecuencia directa de la revisión continuada a la que nos fuerzan nueva información y nuevos tipos de conocimiento.

Dos de los nuevos tipos tipos de conocimiento que han devenido sistemas abstractos globales y que contribuyen a darle forma a Amor, curiosidad, prozac y dudas son los propuestos por los discursos popularizados de las disciplinas psicológicas y del feminismo. Cierta tipo de feminismo, de corte estadounidense, que llama la atención a la existencia de modelos femeninos divergentes de los propuestos y defendidos por la tradición patriarcal occidental, proporciona el marco narrativo de la novela. Esta se abre con una cita de la Biblia que refiere el uso que Judit hace de su poder sexual para liberar

a su pueblo, y se cierra con el rechazo del mito de Eva y la consecuente proclamación de Lilith como madre universal; es decir, la mujer creada del barro como Adán, no la que ‘sale’ de su costilla. En medio, hay todo tipo de afirmaciones por parte de las tres narradoras, que le recuerdan al lector la persistencia de prácticas e ideologías pro-hombre, si no exactamente anti-mujer, que se asocian con la cultura local: ellos lo tienen más fácil, el colegio forma ‘mujeres’ y no personas, ellos controlan el tema del sexo, etc. Hay también un personaje, Ana, cuyo problema parece ser “the problem that has no name”, que identificara Betty Friedan en su Feminine Mystique. Se trata en definitiva de un tipo de discurso ‘feminista’ que se ha normalizado, perdiendo con ello gran parte del poder de reactivo que tuviera en sus orígenes; es el popularizado en Estados Unidos en los últimos 40 años y exportado al resto del mundo por medio de cierto tipo de literatura, revistas femeninas, cine y programas de televisión; un discurso que ha devenido parte integral del lenguaje de la modernidad tardía y que sirve más para facilitar la posición de la mujer dentro del status quo que para realmente cambiar ese status; es el que aparece incluso en cierto tipo de novela rosa y en libros de autoayuda para mujeres profesionales, como los de Debra Carter, cuya autoridad es incapaz de cuestionar Rosa, otro de los personajes.

En cuanto a las disciplinas psicológicas, la referencia a las mismas está presente incluso en el título de la novela. Pero lo más importante es que el mismo desarrollo de la ficción novelística depende casi en su totalidad de la aceptación más o menos explícita de varios de los supuestos mantenidos por las mismas. Su lenguaje y sus afirmaciones

de ‘sentido común’ son parte integral de la narrativa personal que ‘inventan’ los tres personajes principales (Ana, Rosa y Cristina) en el proceso de autoconocimiento y descubrimiento de identidad personal en el que se embarcan. El lenguaje de subjetividad autónoma, autenticidad, realización personal y búsqueda de la felicidad, propio de las disciplinas psicológicas, popularizado hasta convertirse en un tipo de saber cuya autoridad raramente se cuestiona, es fundamental en la expresión de las tres protagonistas. Este discurso, prevalente en el tipo de sociedad moderna que recrea la novela, se disemina desde espacios diferentes (la consulta del médico, el lugar de trabajo, las prácticas de marketing y publicidad) y se filtra en multitud de imágenes que plantean los dilemas del ser por medio de narrativas cotidianas: en ‘talk-shows’ en radio y TV, algunas secciones de revistas femeninas, cierto tipo de literatura, proliferación de programas de ‘12-steps’ en todo el mundo y lo que podríamos llamar una tendencia general a ‘sicologizar’ en nuestro intento de entender el mundo a nuestro alrededor. La novela cuestiona, sólo para afirmarla al final, la inocencia de esta tendencia que Giddens ve como característica inherente a la reflexividad que permea nuestras sociedades.

En la España de Amor, curiosidad, prozac y dudas, las ‘verdades’ y los ‘lenguajes’ diseminados por los dos sistemas abstractos (tipos de conocimiento) anteriormente delineados conviven con otras afirmaciones cuya legitimidad se basa en la tradición transmitida con el ‘lenguaje’ de la cultura local. Es decir, estamos en un orden postradicional en el que la autoridad última de la tradición se ve amenazada, a la vez que amenaza, por nuevas ideas defendidas y autorizadas desde múltiples sistemas

abstractos. Es en la tensión continua que produce esta coexistencia de focos de autoridad múltiple, con sus ‘verdades’ a veces complementarias y a veces excluyentes, donde localizamos la formación del sujeto de los tres personajes principales.

Ana, Rosa y Cristina son tres hermanas que han alcanzado la adolescencia en una familia de clase media en el Madrid del último cuarto del siglo XX. Sus trayectorias son tan distintas, aparentemente, que es difícil no sospechar que Etxebarría no esté intentando ofrecer una visión inclusiva de la situación de las mujeres en la España del momento y hacer una especie de alegato ‘feminista’ con la novela. Provee a las tres de voz propia y les permite contar su historia en primera persona, ofreciéndoles así la posibilidad de crearse a sí mismas como sujetos autónomos en su acción de narrar. Estas tres narrativas personales, que se organizan en capítulos titulados con todas y cada una de las letras del alfabeto (“A de atípica”, “B de bajón”, “C de curro”, etc.), revelan los distintos discursos con los que las tres mujeres dialogan en su búsqueda de autoentendimiento. Entre estos, los más relevantes son los tradicionales, propagados por el colegio de monjas y por el entorno familiar pequeño-burgués, y los ‘modernos’, propios del capitalismo avanzado, propagados por la cultura popular.

Ana, la mayor de las tres hermanas protagonistas, que inicialmente adopta su identidad de “ama de casa formalísima” (23) a través de su aprendizaje en el colegio y en el entorno familiar, usa más tarde las revistas femeninas para perfeccionar la ejecución de este papel. Estas revistas, publicadas por compañías multinacionales y llenas de consejos prácticos sobre cómo resolver los pequeños dramas de los quehaceres

cotidianos, aportan un lenguaje y conocimientos que Ana incorpora en su narrativa personal. El capítulo titulado “H de hastío”, en el que ofrece su propia reconstrucción de la historia de la familia a partir de fotos, recuerdos y retazos de conversaciones, está plagado de estas recetas: cómo lavar los visillos y colgarlos para que no se arruguen (96), cómo barnizar el parquet (101-102), cómo recuperar una mayonesa que se corta (103), etc.

Las referencias culturales de Ana (programas de televisión, novelas de Barbara Cartland y las revistas *Mía* y *Elle*) son indicativas de la influencia de ciertos sistemas abstractos cuyas ‘verdades’ son diseminadas por las tendencias globalizadoras de la modernidad. Al mismo tiempo, sus referencias continuas al colegio de monjas en el que se educa y a la moral típica del nacional catolicismo allí aprendida reflejan la importancia de la tradición local. Esta coexistencia de lo global y lo local parece tener un efecto de mutua reafirmación ideológica que favorece (¿garantiza?) el desarrollo de rasgos específicos de la subjetividad de este personaje. La formación del sujeto de Ana está marcada tanto por las novelas rosa, la televisión y las revistas femeninas con sus afirmaciones seudofeministas, como lo está por las enseñanzas recibidas en el colegio. Su rutina diaria no es muy diferente de la de amas de casa de clase media de ahora y de épocas anteriores, como no lo es su crisis nerviosa, provocada como mencioné más arriba por el “problema que no tiene nombre”; lo que sí es bastante diferente es el tipo de discurso que usa Ana para indagar en los motivos de esta crisis.

En primer lugar, se enfrenta a ella admitiendo que no mereció la pena hacerles caso a su madre y a las monjas (225). Esta afirmación, producto del aprendizaje que la crisis trae consigo, indica su capacidad para cuestionar la autoridad de la tradición local. Tal capacidad no se extiende, sin embargo, al efecto de otros sistemas abstractos en su subjetividad; es incapaz, por ejemplo, de entender el impacto ideológico de las enseñanzas diseminadas por las revistas y programas de televisión cuyo lenguaje utiliza para afirmarse a sí misma. En segundo lugar, el proceso de introspección que sigue y que la lleva a cuestionar la autoridad de la tradición local es resultado casi exclusivo de las herramientas provistas por el discurso de las disciplinas psicológicas y las afirmaciones de sus ‘expertos’.

Ana identifica dos episodios concretos que, parece creer, la han precipitado a su estado presente (yongui de pastillas tranquilizantes y estimulantes): el abandono de su padre y la violación que sufre a manos de su primer ‘novio’ (203). Es de hecho la noticia de la muerte de éste en el lugar exacto en el que la había violado lo que provoca la crisis nerviosa que la lleva a tomar la decisión de divorciarse del marido y de tratar de descubrir cuáles son sus verdaderos sueños y aspiraciones personales. Ana se explica su decisión de casarse con el ‘mejor partido’ y su actitud casi obsesiva hacia el consumo como resultado de la carencia profunda de auto-estima provocada por el abandono y la violación (227). No se plantea en ningún momento que tanto sus necesidades emocionales (romance, matrimonio, maternidad) como las materiales (marcas, ropa y objetos de diseño, antigüedades) puedan haber sido espoloadas por los sistemas

abstractos que moldean los espacios cultural y económico que habita. Incluso su opción final por el divorcio parece más consecuencia de una aceptación fácil de la recomendación de Betty Friedan de establecer ‘un nuevo plan de vida para las mujeres’, que el resultado de una clara conciencia del impacto que su total dependencia económica del marido pueda haber tenido en su sique. Es decir, Ana parece incapacitada para ‘ver’ sistemas; sólo ve individuos que responden individualmente a otros individuos.

El personaje de Rosa, “ejecutiva de alto standing” (22), permite indagar, desde un ángulo ligeramente diferente, en los efectos que los sistemas abstractos que venimos considerando tienen en la formación del sujeto femenino. El éxito laboral de Rosa e incluso la naturaleza de su trabajo están sin duda determinados por las tendencias globales del modelo económico capitalista y los efectos del mismo en la cultura y en las interacciones sociales a nivel local. Rosa que, como Ana, ha optado por lo material y, como Ana, le reprocha a Cristina (la menor de las tres hermanas) que esté desaprovechando su inteligencia y su preparación trabajando como camarera en un bar de moda; también como Ana, encuentra la respuesta a su estado de infelicidad en el discurso de las disciplinas psicológicas. Primero, identifica su momento de crisis y después se dispone encontrar el porqué de la misma. El abandono del padre y un primer amor no correspondido son las causas, según su propia narrativa, de su dedicación casi exclusiva al estudio, primero, y al trabajo después. Cuenta que es a raíz de la marcha del padre que elige el orden y la estabilidad que la inmersión en el trabajo le aportan, frente

al caos que percibe como característica esencial de las relaciones interpersonales (76). Y lleva esta elección al extremo de abandonar el único aprendizaje que relaciona con el placer, sus estudios de música (67). Es decir, según la racionalización de Rosa, el origen de su infelicidad es de carácter psicológico. Esto, a pesar de que, como informa Cristina y ella nunca menciona, se le ha diagnosticado defecto de serotonina, causa física y razón por la cual toma prozac; y a pesar de que la lectura de la novela deja claro que para Rosa el triunfo social ha sido integral en su autoentendimiento desde la infancia. Es su dedicación exclusiva, y casi obsesiva, al estudio lo que termina por proporcionarle la identidad de ‘superdotada’ que la define ante sí misma y que constantemente se encarga de validar ante los demás (76-77).

Esta aparente necesidad de reconocimiento social hace que durante años no se cuestione la ‘explotación’ laboral a la que se somete voluntariamente, trabajando entre 12 y 14 horas diarias. Y hace también que use afirmaciones estereotípicas del feminismo popular para explicar tal horario de trabajo y para no tener que enfrentarse con su problemática (para sí misma) identidad sexual. Las razones de su falta de entendimiento a nivel romántico con el género masculino se deben, según ella, a que la educación y las circunstancias económicas locales han contribuido a formar a los hombres de su generación para ser “niños grandes que no pueden entender que yo no pienso dedicarme a arreglar la casa ni a cuidarlos ni a sustituir a su madre” (53). Lo irónico es que, como descubrimos hacia el final y sospechamos durante su narración, es posible que los hombres simplemente no le interesen a nivel sexual. Así mismo,

tampoco deja de tener ironía el que esta conciencia ‘feminista’ capaz de ver los efectos de la cultura local en las posibilidades de crecimiento para la mujer, desaparece frente a los ‘informes’ extranjeros, cuya autoridad deriva de sistemas abstractos específicos, que rigen su conducta. “El informe Harvard-Yale, publicado en 1987 por los sociólogos Bennet y Bloom” (61), “el manual *Dress for Success*, de John T. Molloy, publicado en 1977” (63) y los libros de Debra Carter, “especialista en formación y asesoría de empresas” (195) no sólo son parte de su biblioteca, sino también fuentes de consejos prácticos que sigue al pie de la letra y de información que no cuestiona. Muchas de las citas de estos manuales que incluye en su discurso revelan la función de los mismos como reproductores de la estructura patriarcal dominante en el mundo de las multinacionales (63, 65, 195), pero Rosa parece elegir no ser consciente de ello.

Estas actitudes y reacciones conflictivas que vemos en las narrativas personales de Ana y Rosa parecen tener una explicación fácil, según los postulados de Anthony Giddens. De acuerdo con éstos, la multitud de sistemas abstractos bajo los que vivimos en condiciones de modernidad hace casi imposible que logremos llegar a tener un conocimiento profundo del funcionamiento de todos y cada uno de ellos. Esto explicaría el que, en palabras de Giddens, “various attitudes of scepticism or antagonism towards abstract systems may coexist with taken-for-granted confidence in others” (23). En el caso de Ana y Rosa, su cuestionamiento de los sistemas más claramente identificables como locales (machismo y valores de la tradición autóctona) es paralelo a su aceptación incondicional de otros sistemas que han penetrado la cultura nacional más tardíamente y

que son ampliamente avalados por su popularidad en las democracias liberales occidentales ('feminismo' popular y "pop-psychology"). Esta explicación no aclara, sin embargo, algo que a mí me parece fundamental; no aclara por qué a estos personajes les resulta imposible ver las limitaciones de los sistemas abstractos que operan a nivel más global, al mismo tiempo que son tan capaces de identificar las cortapisas impuestas por la cultura local.

Una teoría que puede ayudar a arrojar luz sobre esta cuestión es la propuesta por Nikolas Rose en su artículo "Identity, Genealogy, History". Rose propone, partiendo de las ideas de Foucault, que el discurso de las disciplinas psicológicas funciona en nuestro presente histórico como una tecnología más entre las que Foucault denomina tecnologías del sujeto. Estas constituyen uno de los cuatro tipos identificados por Foucault (tecnologías de producción, tecnologías de los sistemas de signos y tecnologías del poder son los otros tres) y se basan en racionalizaciones a partir de las cuales se construye un entramado de ensamblajes de conocimientos, sistemas de valores, espacios físicos, etc. que presuponen ciertos modelos y objetivos para el ser humano. Las tecnologías del sujeto, cito a Foucault, "permit individuals to effect by their own means or with the help of others a certain number of operations on their own bodies and souls, thoughts, conduct, and way of being, so as to transform themselves in order to attain a certain state of happiness, purity, wisdom, perfection or immortality" (18). En otras palabras, estas tecnologías afectan nuestra autopercepción, así como la relación que establecemos con nosotros mismos y con nuestro mundo. Pueden diseminarse a través

de instituciones (colegios, cárceles, hospitales, etc.) y a través de técnicas confesionales y de autocuestionamiento (religión, terapia, relación del sujeto consigo mismo, etc.) y tienen como objetivo normalizar (en el sentido de reglamentar) juicios de valor y opiniones que el individuo usa para estructurar su conducta personal.

Las disciplinas psicológicas, al devenir un nuevo tipo de tecnología del sujeto, proveen el lenguaje, los conocimientos y las racionalizaciones necesarias que, según Rose, las convierte en inductoras de prácticas de acuerdo con las cuales el sujeto se autoimpone disciplina, sentido del deber y docilidad. A mí me gustaría proponer que, como las disciplinas psicológicas, el tipo de ‘feminismo’ popular al que me he venido refiriendo, funciona en las sociedades modernas como un discurso normalizador. Es decir, el lenguaje y las afirmaciones de este nuevo sistema abstracto, al popularizarse y extenderse por todo el mundo, se han convertido en una herramienta de la filosofía capitalista-liberal más que en instrumentos con los que atacar tal filosofía. Mi lectura de Amor, curiosidad, prozac y dudas pretende revelar el impacto que las ‘verdades evidentes’ diseminadas por ambos sistemas parecen haber tenido en las mujeres del Madrid de los 90 que recrea la novela.

El desarrollo de los personajes de Ana y Rosa sugiere que para distintos tipos de mujeres de ciertas generaciones (las que crecieron en los últimos lustros del Franquismo) es difícil ver las continuidades entre muchas de las normas que rigen la formación del sujeto femenino en los años 90 y las que lo hacían mientras ellas crecían. Esta dificultad es superada en apariencia por Cristina, la menor de las hermanas (6 años

menor que Rosa y 8 menor que Ana), para quien las racionalizaciones ofrecidas por sistemas introducidos por las tendencias de carácter global propias de la modernidad tardía parecen ser tan cuestionables como lo es, sin duda, la tradición local. Cristina vive, desde su infancia, inmersa en un universo en el que lo global ha ido integrándose casi imperceptiblemente en la cultura local. La inmensa mayoría de sus referencias culturales, de películas a grupos musicales, actores y actrices, son extranjeras; su lenguaje está plagado de palabras en inglés (*broker, overachiever, patchwork, grunge*, etc) y de expresiones de este idioma directamente traducidas al español; y gran parte de su mundo es el de una subcultura juvenil que poco se diferencia del que se analiza en los estudios que Angela McRobbie y otros han hecho sobre ciertos sectores de la juventud británica. Cristina, además, confiesa haber leído a Foucault; y su identificación de algunos de los efectos de la tecnologización de la conducta humana en sus hermanas y en ella misma podría ser evidencia de esa lectura.

Todas estas circunstancias parecen otorgarle al personaje de Cristina una capacidad de cuestionamiento y oposición en las relaciones que mantiene con su mundo y consigo misma bastante más sofisticada que la que presentan sus hermanas. Al contrario que Rosa, para quien aparentemente el mayor problema que plantea la situación laboral de la mujer se relaciona directamente con el machismo local, Cristina problematiza esta fácil identificación. Su conciencia del efecto general que las relaciones laborales promovidas por las multinacionales tienen en el entendimiento de una misma como sujeto y en la organización de la conducta de sus empleados se

evidencia en el capítulo “C de burro”; en él describe su breve experiencia en una multinacional de la informática. Allí aprende, contra todo pronóstico, a ver los aspectos menos atractivos del ‘progreso’ que, opina ella, “ha superado al Dios original en todo, incluso en crueldad” (33). También aprende a reconocer el uso por parte de la institución de dos argumentos retóricos que sirven para espolear el deseo de autodisciplina en los trabajadores: 1) el esfuerzo será reconocido y se traducirá en la mejora de estatus y sueldo (35) y 2) por cada empleado hay cuatro parados dispuestos a hacer lo que sea necesario para conseguir un puesto (36). Es decir, reconoce el impacto que el doble juego de castigo y recompensa (“the stick and the carrot” anglosajón), propio de la racionalidad capitalista prevalente en las democracias liberales contemporáneas, tiene en las actitudes individuales. Precisamente por eso, Cristina, al contrario que Rosa, se opone a los valores propagados por este régimen económico y social, eligiendo un estilo de vida que le permite hacerse la ilusión de que no participa del todo en él; abandona el trabajo tras borrar la información contenida en los archivos guardados en el disco duro de su ordenador, y solemnemente declara que, antes que volver a trabajar para una multinacional, se mete a puta (39).

La narrativa personal de Cristina se desarrolla en torno a la escritura de sí misma como rebelde e inconformista frente a todo tipo de sistemas abstractos. Se mofa tanto del orden moral que pretende imponer el colegio de monjas, como de los valores introducidos por el tipo de ‘feminismo’ popular que nos ocupa y por el lenguaje y las afirmaciones de las disciplinas psicológicas, en su versión más popular. Sus “problemas

mentales” (176), que se manifiestan en una conducta ‘anormal’, han impulsado a su madre a mandarla con regularidad desde la adolescencia a consultar a psicólogos, psicoanalistas y psiquiatras; razón por la cual está convencida de poseer un amplio conocimiento de las racionalizaciones más comúnmente asociadas con cada uno de estos especialistas, hasta el punto de explicar en numerosas ocasiones cuáles son las diferencias de acercamiento a la siquie humana entre unos y otros. Es precisamente su convicción de que tiene un buen entendimiento de estos discursos lo que, en su opinión, la autoriza para cuestionar el funcionamiento de los mismos, como muestran las citas a continuación.

A mí me sobra testosterona y a ella le falta serotonina. Y según estos excesos y carencias nuestros problemas no tienen nada que ver con las circunstancias personales o familiares sino con la composición química de nuestros cerebros y ovarios, así que Freud, Lacan, Jung, Rogers, os ha lucido el pelo, queridos. (26)

...los psicoanalistas creen que tus problemas pueden arreglarse si logras aislar el Gran Porqué, si logras encontrar el hecho particular que te convirtió en lo que eres: mientras que los psicólogos insisten en modificar la conducta, en tratar de alterar las pautas de comportamiento que, según los psicoanalistas, el Gran Porqué habría creado. (278)

Cristina, como sus hermanas, identifica el abandono del padre y posterior abuso sexual por parte de un primo 13 años mayor que ella como causas posibles de sus

ataques de histeria, depresiones y prácticas autodestructivas, pero, al contrario que sus hermanas, mantiene una actitud totalmente irrepetuosa frente a la posible validez de esta explicación. De hecho, invierte las relaciones de poder típicas entre analista y paciente mediante una selección de la información que revela sobre sí misma y es precisamente su experiencia del abuso sexual lo que no le cuenta a ninguno de ellos (284); porque, contra todos los postulados del psicoanálisis, sigue manteniendo a los 24 años que “ha habido primeras experiencias muchísimo peores” que la suya (282) y afirmando su promiscuidad como algo positivo. El que las disciplinas psicológicas consideren la promiscuidad una casi-patología típica de las personas que sufren abuso sexual en la infancia y el que su madre y sus hermanas, influidas por la moral católica tradicional, la encuentren reprensible es algo que la trae totalmente sin cuidado: “sea porque mi padre nos dejó, sea porque me sobra testosterona, yo soy así y me gusta, y no me apetece renunciar al único placer tangible que la vida nos permite aprovechar” (27). Del mismo modo, se burla de los “sermones feministas” (55) de su hermana Rosa y cuestiona los “postulados feministas” (166) más elementales, al afirmar el placer que le depara el ser dominada violentamente durante el acto sexual.

Sin embargo, todas estas afirmaciones y posturas ‘escandalosas’ pueden ser reinterpretadas como una pose del personaje desde la lectura del último capítulo de la novela. En él, titulado “Z de zenit”, asistimos a una reformulación de sus opiniones por parte de Cristina. El cinismo que ha mantenido a lo largo de la novela, y que le aporta gran parte de su frescura, desaparece casi por completo para hacer dos afirmaciones

básicas de los discursos del feminismo popular y del de las disciplinas psicológicas respectivamente. Abre este capítulo, como comenté al principio, con una referencia a Lilith, una historia alternativa de la creación del universo dentro de la tradición judeocristiana, y hace esto, entre otras cosas porque, según sus propias palabras, “Hoy en día casi nadie sabe quien era Lilith, aunque todo el mundo conoce el mito de Eva” (295-6). También hace una lista de algunas de las mujeres fuertes que “se colaron entre las páginas de la Biblia” (296) y explica en tono de sermón que “fortaleza, significa sobre todo aguantar, no romperse”. Y que “es virtud femenina” (296). Coherente con esta recién adquirida postura de re-escritura de la tradición, re-escrive las narrativas que de sí mismas han ofrecido antes sus hermanas, para afirmar la habilidad que todas ellas tienen de ‘no romperse’, a pesar de la crisis que las tres atraviesan. Es desde esta perspectiva que entiende la decisión de Ana de divorciarse y la de replantearse su existencia (sexualidad, trabajo, intereses, etc.) que toma Rosa. Y es desde este intento de re-escritura que concluye la novela con las siguientes palabras, que suenan, más que a ninguna otra cosa, a adolescente redicha que acaba de hacer un gran descubrimiento: “No os lo he dicho todavía: mi madre se llama Eva. Pero espero que nosotras seamos hijas de Lilith” (315).

Respecto a las disciplinas psicológicas, vemos un desarrollo similar. A pesar de que aparentemente Cristina conserva parte de su escepticismo y hace algún chiste sobre cómo contribuye su familia al enriquecimiento de “el gremio de psiquiatras de Madrid”, también mantiene la afirmación básica de las disciplinas psicológicas (y del racionalismo

liberal, dicho sea de paso), que presupone un sujeto coherente, un yo verdadero al que siempre es posible 'regresar'. Los momentos de crisis, de acuerdo con el lenguaje y las racionalizaciones de estas disciplinas, suponen el comienzo del cambio a través del cual la persona pasará de un estado de inautenticidad a otro de autenticidad. La crisis de Ana le hace decidir el divorcio a partir del cual empezará a pensar por sí misma; la de Rosa la lleva a tirar el prozac a la basura y a decidir indagar en su interior para descubrir sus verdaderos intereses en una serie de aspectos vitales múltiples. Y Cristina aprende que quizás es menos diferente del resto de las mujeres de su familia de lo que ella había querido suponer: "mi hermana se había refugiado en su despacho acristalado de la misma forma que yo me había guarecido en mi bar ciberchic, como Anita se había parapetado en su casa de Gastón y Daniela" (315). Los cuestionamientos de las explicaciones diferentes (somática, sociológica, psicológica, etc.) que pueden encontrarse para esta 'necesidad de refugiarse en algo' siguen en pie, puesto que todas ellas comparten genes y ambiente social. Pero igualmente cierto es que todo el discurso final que Cristina pone en boca de Rosa y con el que ella está de acuerdo es totalmente característico de las versiones más populares del lenguaje de las disciplinas psicológicas; como lo es la premisa de que las crisis siempre traen consigo alguna lección que, una vez aprendida, nos ayudará a ser mejores y más felices, más auténticos.

La modernidad que deja entrever la lectura de Amor, curiosidad, prozac y dudas no significa necesariamente mejora o progreso respecto a las condiciones en las que se forma el sujeto femenino, sino simplemente ligeras diferencias. En este nuevo contexto,

democracia liberal occidental inmersa en el capitalismo tardío, encontramos la presencia de nuevos sistemas abstractos que se unen a los ya existentes y que oscurecen, más que facilitan, el entendimiento que los personajes femeninos llegan a tener de sí mismos y de su mundo. El uso del lenguaje y las explicaciones propias de la “pop-psychology” y de cierto ‘feminismo’ por parte de Ana y Rosa son buena prueba de ello. Tales explicaciones tienen, al menos en esta novela, la función de oscurecer el impacto que otras tecnologías propias de la racionalidad capitalista tienen en el individuo, especialmente las de consumo y marketing; Ana y Rosa dedican su existencia a lograr cierto estilo de vida (a través de un buen matrimonio, la una, y a través de su dedicación exclusiva al éxito profesional, la otra) y, cuando descubren que ese estilo de vida no les proporciona la felicidad que les había prometido, asumen una autonomía como sujetos que las lleva a identificar las causas de su sentida inautenticidad no en su opción por el consumo y el éxito social, sino en semipatologías producidas por traumas de la infancia y en las demandas de la cultura local tradicional, católica y masculinista. Algo parecido pasa con Cristina, a pesar de su pose rebelde. Sus afirmaciones divertidas e irreverentes no logran expresar un verdadero cuestionamiento de los sistemas abstractos globales que aquí nos conciernen.

La sociedad de la España ‘moderna’ que vemos en la novela tiene su “Generation X”, condenada a relaciones efímeras y a la incertidumbre ante el futuro (45); tiene inmigrantes a los que gente como Ana se niega a contratar (101-102) y a los que la policía criminaliza por sus actividades ilegales (247); tiene yupis que desplazan a los

habitantes de ciertos barrios en la gran ciudad (139); tiene politoxicómanos marginales que duermen en la calle (122), mientras los ricos se desintoxican en clínicas privadas; y tiene gitanos que siguen ocupando los márgenes de la sociedad (116), como siempre ha pasado. Estos elementos se integran en la novela de tal manera que parecen tener la función de afirmar la llegada de España a la modernidad (o de la modernidad a España) más que la de cuestionar o condenar las estructuras políticas, económicas y culturales que los hacen posibles. De hecho, como señala Rose, toda la retórica de responsabilidad individual por la mejora y el avance personales sugiere que los que quedan fuera del sistema, los 'excluidos', lo son por voluntad propia. La ambivalencia ideológica permea la novela que, al final, como Cristina, parece seguir afirmando y celebrando los sistemas abstractos que sustentan la modernidad. Lucía Etxebarría, Como Giddens, observa tendencias existentes en nuestro mundo contemporáneo pero ni una ni el otro cuestionan a qué intereses sirven tales tendencias. Las afirmaciones que ambos hacen de la autonomía y la libertad del sujeto en el contexto de la racionalidad capitalista global tiene un mensaje ideológico claro: el individuo, y no el 'Sistema', es responsable de su infelicidad.

OBRAS CITADAS

- Etxebarria, Lucía. Amor, curiosidad, prozac y dudas. Plaza y Janés editores. Barcelona, 1998.
- Foucault, Michael. “Technologies of the Self” en Technologies of the Self. Ed. L. H. Martin, H. Gutman y P. H. Hutton. Londres: Tavistock, 1988.
- Friedan, Betty. Feminine Mystique. New York City: Dell Publishing, 1984.
- Giddens, Anthony. Modernity and Self-Identity. Stanford, CA: Stanford University Press, 1991.
- McRobbie, Angela. Postmodernism and Popular Culture. Londres: Routledge, 1994.
- Rose, Nikolas. “Identity, Genealogy, History”; en Questions of Cultural Identity. Ed. S. Hall y P. Du Gay. Londres: SAGE, 1996.